

ha hecho famoso en todo el mundo, pues son también muy pocos los que pueden lograr como él el equilibrio perfecto entre ficción y realidad...

No sobra, sin embargo, anotar que en esta modalidad de trabajos, en los que el tiempo introduce sus propias modificaciones, lo más conveniente sería que su publicación fuese acompañada de notas y agregados posteriores que suplieran todo aquello que no fue posible prever en el momento en que fueron escritos.

ELKIN GÓMEZ

Viejas historias personales

Yo soy un libro en prisión

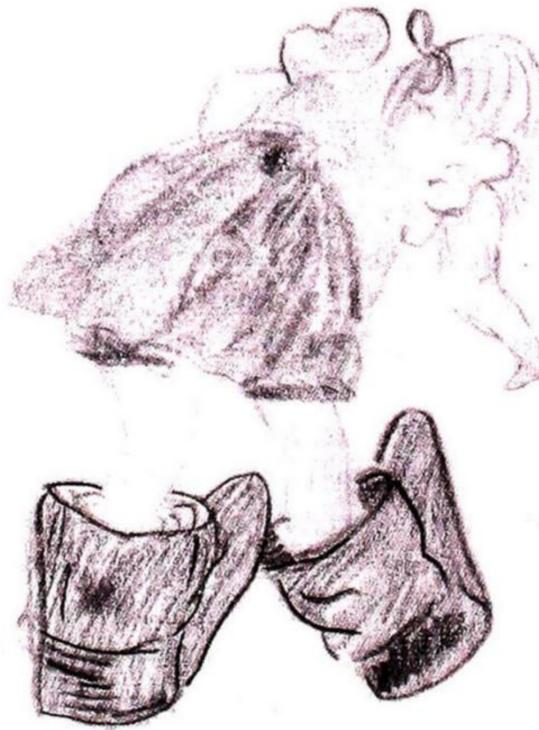
Arturo Alape

Intermedio Editores, Bogotá, 2002, 253 págs.

La crónica ha sido un género que se ha caracterizado por debatirse entre el periodismo y la literatura; grandes escritores como Capote, Hemingway, Borges y García Márquez, por lo general reconocidos por sus obras de ficción, han gozado de una pronunciada vena periodística, han logrado desarrollar en este género una habilidad sorprendente para que investigaciones sobre distintos temas provoquen en el lector efectos que a través de la lectura lo lleven a la intriga, la emoción, la conmoción y la catarsis.

La crónica es un género que exige un poco más que la astucia de un buen periodista y la habilidad narrativa de un buen hacedor de relatos; es indispensable para mantener una sintonía con su tiempo, una conciencia muy clara del lenguaje como ente comunicador que revele y mantenga vivas las imágenes que el mundo puede o tiende a olvidar; parafraseando a Italo Calvino: un cronista ha de ser aquel que abra los ocultos pliegos de la memoria; la del hombre y la del mundo.

Pero, además de García Márquez, otros colombianos han dado muestra de incursionar diestramente en este género a través de la experiencia periodística en distintos medios. Óscar Collazos en *El Tiempo*; Arturo Alape en *El Espectador*; Héctor Abad con sus tradicionales columnas en revistas como *Cambio* o *El Malpensante*, Santiago Gamboa con sus trabajos para Radio Francia, y en un sinnúmero de publicaciones William Ospina, Juan Manuel Roca, Antonio Caballero y otros importantes cronistas colombianos que, por no alargar la lista, no mencionaré en este momento. Algunos de ellos, como Arbeláez, Ospina y Caballero, han reunido parte de sus crónicas en trabajos que resumen esta experiencia entre la literatura y el periodismo. Alape nos presenta ahora su propia recopilación.



Yo soy un libro en prisión es un conjunto de textos, fruto de una serie de trabajos publicados en *El Espectador* y *El Tiempo* durante los años 1998, 1999 y 2000. "Para cumplir esa labor periodística desempolvé viejas historias personales que yacían en la memoria, y también rescaté para la escritura historias escuchadas en voces ajenas, lo mismo que historias leídas en libros y periódicos. En fin, una confluencia de voces que debía sacar a la luz; era mi compromiso de escritor frente a aquella oscuridad del silencio apri-

sionado en el olvido...", dice el escritor, a la vez que da otra razón al título de su libro, pues es también el de una de las crónicas.

Aquí logra hacer una reconstrucción de atmósferas que remueven la memoria del lector y en muchos casos abre valiosas puertas que parecían permanecer ocultas en la memoria colectiva. Episodios de la violencia bipartidista, el nacimiento de las Farc y muchas anécdotas capitalinas y urbanas, que bien podrían armar un pequeño repaso de las mentalidades en el siglo XX en Colombia.

Algunas de las crónicas de este libro pueden parecer tener un valor anecdótico más relacionado con lo personal que con lo público, por lo que valdría la pena destacar algunas que pueden causar una especial impresión. Cuando menos en mi lectura.

En "El papel de la radio en el 9 de abril", desde el título mismo, Alape logra despertar el interés de sus lectores sobre la influencia que tuvo la radio en este nefasto episodio de la historia reciente de Colombia. Sin embargo, esta crónica, que podría ser una de las más interesantes, se queda corta en extensión y deja la sensación de que la radio efectivamente desempeñó un papel determinante en todas las acciones sociales y políticas de la jornada que precedió al asesinato del caudillo, pero la falta de información brindada al respecto dejan la crónica como una sugerencia temática.

Todas las crónicas de este libro son de una extensión corta, particularidad extraña en algunos trabajos que bien podrían extenderse, como es el caso de la mencionada anteriormente o de "Sobre un maestro de la crónica policíaca", crónica sobre Felipe González Toledo, a quien Gabriel García Márquez llamaría "el inventor de la crónica roja"; conocido periodista que se aventuró a esclarecer, por medio de sus agudas investigaciones, varios casos policíacos de la época.

Pero la breve extensión de las crónicas de Arturo Alape no llega a ser un defecto. Algunas, como "El otro

revólver”, permiten recordar que el cronista también es un recopilador de anécdotas puras. Anécdotas que pueden llevar al lector a reconstruir un episodio de años a partir de una simple conversación bien referenciada. Esta crónica, sobre la aparición de un hombre que aseguraba tener el verdadero revólver con el que fue asesinado Jorge Eliécer Gaitán, permite al lector reconstruir todo un suceso que le lleva definitivamente a cuestionar la supuesta claridad de los eventos históricos de tal magnitud.

Cabe mencionar que el autor de *Yo soy un libro en prisión* dedica gran parte de su libro al episodio del 9 de abril y sus antecedentes y repercusiones políticas y sociales; crónicas que sin duda en algo son fruto de su importantísima investigación *El bogotazo, memorias del olvido*, donde busca, al igual que en este libro, remover las miradas hacia el pasado con la incertidumbre de si todo quedó verdaderamente claro.

Puede ser que, por lo menos desde la mirada de algunos de sus lectores, Arturo Alape esté plasmado en este libro, pues sus intereses más reconocidos viven allí. La inquietud sobre la historia política de nuestro país está muy presente en crónicas como “El papel de la radio en el 9 de abril”; su tono irónico en “Pasión y patología del censor”; su constante búsqueda por la diversidad de voces en la sociedad colombiana en “Librero vestido de mujer”; el deseo por plasmar la grandiosidad del alma idealista y heroica en “El cadáver perdido del poeta”; el profundo amor por las historias y los libros en “En memoria de un hombre de memoria” y sin duda su capacidad para conmover como en “La ‘Negra’ María Eugenia Vásquez” y en “Notas sueltas para Juan”. Aquí, Alape no puede evitar hacer de esta recopilación de textos una recopilación de sí mismo observando y cuestionando a través de la palabra escrita. Sus crónicas, como lo ha dicho él mismo, reviven luces y sombras que influyen en la vida cotidiana, escudriñan las sorpresas agazapadas que esperan para golpear a alguien en la esquina de cualquier ciudad...

Yo soy un libro en prisión es un libro que aún lejos de leerse con intenciones reflexivas no puede dejar de percibirse de tal forma. Contiene fragmentos del ser humano que han quedado esparcidos a lo largo del tiempo en uno y otro lugar. Adentrarse en estas páginas que Alape ha reunido para volverse libro significa acudir al pasado y al presente de un país que se ha dejado de mirar hacia atrás como si verdaderamente se pudiera dejar la memoria en el olvido.

SANTIAGO TOBÓN
ESCOBAR

“Nietzsche es futuro”

Nietzsche, el Estado y la guerra

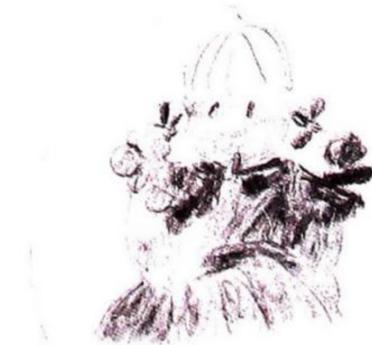
Jaime Toro

Carpe Diem Ediciones, Bogotá, 2000,
237 págs.

“Más allá de los debates estrictamente académicos, de las silenciosas pero eficaces complicidades entre la filosofía y el Estado, y más allá también de las posturas ‘lógicas’ o proporcionales (que Nietzsche desnuda por su vacuidad), no se trata tampoco de abordar el pensamiento de sus contemporáneos del siglo XIX o aún más atrás; se trata más bien de pensarlo como *potencia*, es decir, en qué medida los hechos históricos le han dado o no la razón en aquellos planteamientos que en su momento fueron considerados meros delirios inquietantes. Por esta causa, es sólo sobre la marcha de la Historia efectiva que se puede entrar a definir el pensamiento de Nietzsche en términos de la articulación de sus cuatro conceptos fundamentales: Muerte de Dios, Eterno Retorno, Voluntad de Poder y Superhombre. Es la dinámica misma del pensamiento nietzscheano, considerado como un Programa, la que despliega su virtualidad y es ella misma la que define la actualidad o inactualidad de su filosofía”. Con

esta afirmación busca Jaime Toro, filósofo, escritor y profesor universitario, sintetizar en su libro *Nietzsche, el Estado y la guerra*, todo aquello alrededor de los cuatro conceptos fundamentales citados y que constituyen desde que fueran enunciados por el genial pensador alemán el tema inagotable de innumerables discusiones y enfoques, tanto desde el punto de vista del conocimiento como del de las ideologías.

Pero no es desde los terrenos de éstas, las ideologías, de donde parten las consideraciones de Toro respecto de la filosofía nietzscheana, y sí del Estado, ese ente acogedor de lo ideológico al que sobrevive como tal. Sea el Estado mismo el que determine las ideologías, o bien sea el producto de éstas, lo cierto es que, como aclara Toro, la cultura como totalidad (ciencia, arte y filosofía) encuentra su expresión dentro del Estado y lo refleja. Asimismo, en la cultura occidental el Estado reproduce la moral cristiana con toda su carga de culpa, y de ahí entonces que no haya opción: al asumir la cultura en cualquiera de sus manifestaciones se asume a la vez su carga de culpabilidad, resultante de la injusticia. Es así como se presentan ante la mirada de Nietzsche el Estado y sus relaciones de mediación ante el mismo. Viene entonces el inicio de una serie de alejamientos progresivos para el filósofo, y quizá el más complejo y problemático de ellos sea el que tiene que ver con Hegel, con su idealismo y su concepción reificadora del Estado; igualmente, la Razón de Occidente, la Razón kantiana sobre la que se asientan tanto el Estado como la cultura, debe ceder luego su



Y PENSÓ: "YO TAMBIÉN
VOY A CONSEGUIR BOTAS DE
SIETE LEGUAS!!"